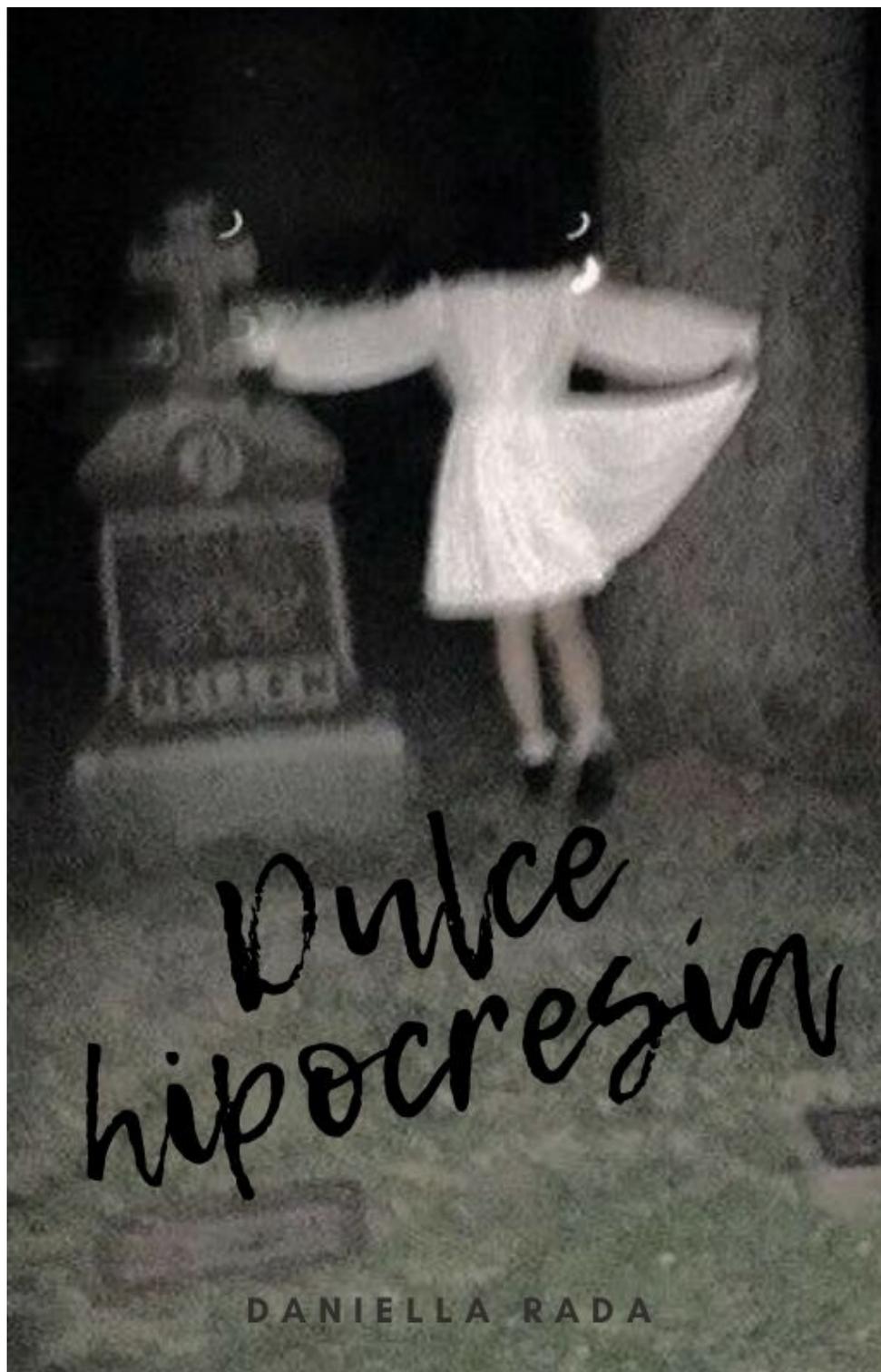


Dulce hipocresía

Daniella



Capítulo 1

—No voy a hacer esto.— exclamó en un alto susurro la pelirroja.

—No es como que tengamos opción.—contesta el pelinegro, tan asqueado como ella pero intentando disimularlo.— Mira el lado bueno, podría estar viva.

Ambos miraron simultáneamente a la rana muerta que tenían sobre la bandeja plateada de aluminio. Se supone que debían cortarla a la mitad con el bisturí para estudiar su anatomía, cosa con la cual ninguno de los dos estaba emocionado. La muchacha lo miró una vez más, con la súplica dibujada en sus ojos. El chico la miró de vuelta y bajó sus gafas de laboratorio. Sin más, tomó el bisturí y lo enterró en la parte inferior del cuello de la rana, ahogando un par de arcadas. Posteriormente, fue capaz de cortar de arriba abajo el pequeño cuerpo del ser verdoso, revelando finalmente una bifurcación hacia su anatomía inferior.²

—¿Y ahora qué? — preguntó la chica con evidente expresión de disgusto.

—Excelente pregunta.

Al final solo intentaron rellenar las preguntas que se encontraban en el informe que debían presentar al final de la clase, a ninguno de los dos les encantaba tocar y examinar el cuerpo inerte de la rana, así que intentaron apresurarse. Para cuando la campana que indicaba cambio de clases sonó, el dúo ya estaba más que listo para dejar el laboratorio. Fue un alivio para ambos.

—Es exactamente por esto que odio biología— intervino el muchacho mientras hacían la habitual parada frente a sus lockers para descargar los libros que no necesitarían.

—Es entendible, pero considera que es la primera vez que debemos hacer algo tan horrendo desde que nos encargaron el cerebro de vaca.—
contestó la chica mientras guardaba algunos libros. Ambos hicieron muecas de asco con tan solo recordar el suceso.

—En fin, hoy no tienes prácticas así que, ¿Te apetece ir a Brookfield Place?

Ambos cerraron las puertecillas de sus lockers y se dirigieron a la salida de la institución. Antes de que Alicia pudiera contestar cualquier cosa, un grupo de personas se bajaron de una jeep negra. Todo pasó en cámara lenta. Uno de ellos cargaba un gran altavoz en su hombro, y todos iban vestidos de negro. Lo que era aún más preocupante, llevaban máscaras de animales y armas. Ella supo instantáneamente lo que iba a pasar. Tomó la mano de Julian y corrió en dirección opuesta a la entrada. Intentó gritar para advertir a los demás sobre lo que estaba a punto de pasar, pero fue inútil. Sus cuerdas vocales estaban paralizadas de terror. Antes de poder hacer nada más que correr, escuchó el primer grito, seguido del ensordecedor sonido de un disparo. A ese le siguió otro, y otro, y era un festival de gritos y disparos, terror y sangre volando y uniéndose en un macabro espectáculo de muerte y destrucción.

Encontró un closet de suministros de limpieza, que para su suerte no estaba cerrado con llave. Rápidamente abrió la puerta y tras entrar al pequeño espacio con él, cerró la puerta con seguro tras de sí. Solo entonces se percató de que estaba llorando. Jul también. Ambos mantenían sus ojos abiertos como platos, intentando digerir la situación. Esto no podía estar pasando, solo pasaba en las noticias a desafortunados estudiantes de Florida o Alabama, no en una institución de Nueva York donde todos se llevaban bien. Pero sí estaba pasando. Sí estaban siendo víctimas de un tiroteo estudiantil. Alicia se escondió en los brazos de Jul, y cubrió su boca con ambas manos para intentar acallar los sollozos. Sentía al muchacho llorando tan fuertemente como ella, pero aún así él puso su mano en su cabeza para sobar su cabello, en un intento casi completamente vano de tranquilizarla. Todavía se escuchaban los gritos y disparos, entonces recordó que tenía su teléfono con ella.

Se liberó de sus brazos y tomó rápidamente su maletín, abriendo desesperadamente sus bolsillos con sus temblorosas manos alcanzó el teléfono, pero no lograba desbloquearlo gracias a la torpeza ocasionada por su terror y nerviosismo. Julian solo podía mirarla fallar algo tan sencillo una y otra vez. Desesperado, arrebató el teléfono de sus delicadas manos y lo desbloqueó en un santiamén, por suerte conocía la contraseña.

Se dirigió instantáneamente a la marcación para llamar y rápidamente oprimió "911". Alicia lo miraba sin poder controlar su llanto, Julian se secó las lágrimas. Oprimió desesperadamente el teléfono móvil contra su oído, apretándolo fuertemente, como un niño que le da golpes al control del televisor con la estúpida esperanza de que el canal cambie más rápido. Luego de lo que pareció una eternidad, un operador al otro lado de la línea contestó la llamada.

—Se acaba de comunicar con el nueve once once, ¿En qué puedo ayudarle?— el tono de la voz sonaba tan monótono y rutinario. Por alguna razón, esto enojó a Julian.

—Necesitamos ayuda, nuestra escuela está siendo víctima de un tiroteo.— Como para reafirmar esta desesperada oración, un grito seguido de un disparo resonaron en sus oídos y en el altavoz del teléfono.

—Comprendo— dijo la voz, que parecía teclear algo a la vez—, ¿Podría proporcionarme la dirección y el nombre de la institución? Y su nombre, por favor.

—Mi nombre es Julian Robins, y la escuela es Jacqueline Kennedy...— Julian seguía hablando desesperadamente, pero Alicia dejó de escucharlo. Un sonido diferente afloraba desde el otro lado de la puerta. Parecía... ¿Música?

Imposible. ¿Música? ¿De quién? Reconocía vagamente la melodía, parecía Pumped up Kicks. Sonrió cínicamente ante tal ironía. Podía escucharla mejor, y mejor, y mejor... ¿Por qué? De repente, otro grito. Este parecía

todavía más cerca. Sangre comenzó a fluir por debajo de la puerta, lo que provocó en ella un grito que por suerte logró ahogar. Miró a Julian con los ojos abiertos, apretando su brazo fuertemente. Luego volvió a mirar la sangre que se expandía bajo la puerta. Él también miró hacia allí. Luego ambos miraron hacia la manija de la puerta, que se sacudía primero con delicada parsimonia, pero luego con violenta desesperación. Otro disparo. La manija cayó, la sangre salpicó cuando el objeto metálico, ahora un poco deformado, cayó sobre ella. Soltó el teléfono y cubrió a Alicia rápidamente con sus brazos, apretándole contra su pecho protectoramente.

La puerta se abrió lentamente, o así les pareció a ambos, dejando a ver a cuatro de las personas, una de ellas tenía el altavoz aún en su hombro. Alicia aún no podía escuchar nada, se aferraba aún con más fuerza a Julian, llorando todavía más. Uno de ellos sostenía una pistola, y el otro un rifle. El que tenía la pistola y una máscara de cerdo, les indicaba con su mano libre que salieran del closet. Julian decía algo, seguía llorando pero su expresión era seria. El del parlante lo posicionó en el suelo y se acercó a ellos con evidente furia, haciendo que Julian le diera un apretón muy fuerte a Alicia contra él. Ese tenía una máscara de oso panda.

Pero fue inútil, el tipo lo tomó de un brazo y lo obligó a separarse. Le grita algo y luego Julian solloza de forma repentina, incapaz de mantener su compostura. Señaló a Alicia, quien no entendía qué acababa de pasar, luego vuelve a hablarle al tipo, pero el de la pistola le dio un disparo en la pierna, haciendo que gritara mientras caía indefenso al suelo. Entonces Alicia pudo volver a escuchar. La canción seguía sonando y el disparo parecía retumbar en las paredes junto con los alaridos de dolor de Julian.

El del rifle se acercó a ella mientras reía, tenía una máscara de conejo blanco todos reían a carcajadas. La tomó del brazo y la arrastró sobre la sangre de la chica que parecía de primer año, de quien acababa de percatarse, y yacía inerte a un lado; y la sangre que manaba a borbotones de la pierna de Jul.

—¿Es tu novia?— Le preguntó a Julian señalándola mientras aún la tomaba del brazo con fuerza y la obligaba a ponerse en pie.

—Déjala en paz— dijo el aludido con la poca fuerza que quedaba en él. Pero no la dejó en paz, vaya que no lo hizo. Los sucesos posteriores nunca podrían borrarse de la memoria de Alicia. El tipo del rifle rompió su camisa como si se hubiera tratado de una servilleta endeble. Alicia se apresuró a cubrir su pecho con sus brazos débilmente.

—¡Joder, déjala en paz!— Gritó Julian con frustración mientras fallaba en su intento por ponerse de pie. Los animales comenzaron a vitorear y chiflar. El cerdo se acercó y se deshizo de la falda en un parpadeo, provocando un escalofrío de terror en la chica. Su llanto proseguía, y estaba congelada de miedo. Julian también lloraba, impotente.

El mismo hombre ahora destruyó su ropa interior, haciendo que Alicia chillara.

—Por favor, no...— susurró entre sollozos mientras lloraba desgarradoramente, Julian solo podía mirar inútilmente.— Solo mátenme.

—Disfruta del show en los últimos minutos que tienes, maldito.—dijo el tipo mientras tumbaba a Alicia en el suelo, quien intentó levantarse y escapar, pero su pesada y basta rodilla aterrizó violentamente en la espalda de la chica, aplastando su vientre contra el frío suelo. Luego, se arrodilló detrás de ella y separó sus piernas, desabrochando su pantalón.

—¡No! ¡Por favor no, te lo ruego! ¡Te lo imploro, por favor!—gritaba Alicia desesperada mientras sentía algo presionar contra su entrada. Algo grande y palpitante, que emanaba un calor repulsivo. Agitaba sus manos inútilmente, intentando aferrarse a cualquier cosa, pero no había nada. Ese algo, sin previo aviso, se introdujo en su interior, expandiendo sus paredes vaginales y...

Este era el sentimiento de la matanza de la inocencia, el arrebató de la felicidad perpetua implícita en la simplicidad del humano, el dolor indescriptible de doblegar la individualidad a las pasiones carnales y

obscenas de un corazón oscuro y podrido, que se remonta a los instintos más absolutos y naturales como sería el acto de reproducción, convertidos en una danza macabra de lamentaciones, ruegos, dolor y sangre.

Violación. Se sentía como que alguien se apoderaba de tu cuerpo con el único propósito de causar repulsión en ti sobre ti misma y marchitar todo aquello en ti, cada parte de ti, como una maldición, como un embrujo. Como un suspiro. Como la muerte. La muerte en un parpadeo, en una penetración, la muerte en vida. En ese momento, Alicia supo que ella nunca podría ser la misma persona.

Miraba directamente los ojos de Julian, usualmente de un cian abrazador y de alguna forma cálidos, reconfortantes, pero esta vez estaban helados, llenos de lágrimas y desesperación. Rebosantes de desamparo, con una mirada inerme. "Te amo" dijo silenciosamente con sus labios. Alicia sonrió como pudo y se lo dijo de vuelta. "Lo siento" le dijo él inmediatamente después. "Yo también lo siento", respondió ella, sabiendo que quizás ninguno de los dos saldría vivo de esta. De igual forma, ¿Qué tipo de vida podrían vivir luego de algo como esto?

Repentinamente una oleada de valentía y desesperación extrema invadió su pecho, así que con todas las fuerzas que le quedaban, Alicia intentó levantarse y liberarse del asqueroso agarre del hombre. Logró ponerse de rodillas, y cuando estuvo a punto de ponerse de pie, el tipo que había estado controlando el altavoz le asestó una patada en el estómago, haciendo que la chica volviera al suelo. Es cierto... no estaban solos. Casi se había olvidado de los demás. Luego, recibió un fuerte golpe en la cabeza por parte del violador.

—Maldita Perra, déjame terminar de una puta vez.— Gritó el hombre, penetrándola ahora más y más fuertemente, más y más rápido. Alicia gritó. Gritó lo más alto que pudo, un grito lleno de desconsuelo, un grito de una chica torturada por aquellos villanos de la vida real cuyos actos eran tan atroces que el estigma que dejaban en una era imborrable, incorregible, invivible. Un grito atronador. Un penoso grito suplicante. Un grito.

Finalmente, las estocadas se volvieron más dolorosas e irregulares. Las estocadas del cerdo. Sintió un líquido grueso invadir su interior haciendo que quisiera vomitar. Pero eso fue el final. El hombre se levantó, posando su pie en la cabeza de Alicia y aplastándola contra el piso. Seguía mirando

los doloridos ojos de Jul. El tipo volvió a abrochar su cinturón y suspiró lleno de satisfacción. Alicia gemía y lloraba, sintiendo la sangre manar de su vagina.

—Ahora, muere.

Antes de que Alicia pudiera siquiera parpadear, con sus ojos aún pegados a los de Julian, uno de los tipos tomó el rifle y disparó a la cabeza del chico. Pedazos de su cráneo volaron por el lugar, su cerebro salía como gotas de gelatinas, regándose por todo el suelo, y sus ojos, sus ojos que ella tanta amaba, que tanto había mirado, que tanto reflejaban, salieron disparados de sus órbitas. Uno de ellos rodó impasible hasta la punta de la nariz de Alicia.

Si el grito que había lanzado previamente había sido desgarrador, la cantidad de dolor que había en este era tan inconmensurable como indescriptible. Lágrimas, desesperación, más sangre, el ojo rodando. Los restos de la cabeza de la primera persona a la que había amado. De repente, un millar de recuerdos comenzaron a azotar su mente sin compasión.

Cuando vio a Jul por primera vez. Ella se acababa de mudar a la casa de al lado con sus tíos, tenía unos escasos nueve años y sus padres habían muerto fatídicamente. El mundo no podría haberse visto más oscuro en ese momento para ella, se encontraba perdida, flotando en la nebulosa espacio-temporal que suponía su turbia realidad. Este nuevo hogar era una casa relativamente grande de dos pisos, con un jardín de generosas proporciones. Cada lado estaba dividido de la casa de los vecinos por una simpática cerca de madera. Recordaba la primera vez que había salido a jugar, se supone que se distrajera un rato pero no podía dejar de llorar. La cantidad de lágrimas era tan grande que nublaba su mirada, gracias a esto terminó cayéndose en el césped, llorando aún más fuertemente. Pero una pequeña y delgada mano se tendió amablemente hacia ella. Miró al dueño de la misma y vio a un delgado, casi enclenque, pero de mirada dulce; niño tan pálido como podía llegar a ser una hoja de papel. Tenía un no tan corto cabello azabache y una cálida mirada azulada. Había una sonrisa en sus delicados labios.

—¿Necesitas ayuda?— Su sonrisa fue suficiente para hacer que Alicia dejara de llorar. Tomó la mano que el chico le ofrecía y se puso en pie. Él se inclinó un poco para limpiar su lycra a la altura de las rodillas, luego recuperó la postura y le sonrió una vez más.—Eres la vecina, ¿No?

Ella asintió. Se encontraba hipnotizada por su mirada.

—¿Te gustaría venir a mi casa por un poco de limonada?— prosiguió el niño. Ella asintió nuevamente.

Al entrar, ella se sentó en la silla alta frente a la encimera de granito, mientras que él dificultosamente exprimía algunos limones en unos vasos de agua. Cuando la tarea estuvo terminada, le ofreció el vaso más lleno a una expectante e inocente Alicia. Pero cuando dio el primer sorbo a la bebida, su ceño no tardó en fruncirse, y su rostro adoptó una cómica mueca de disgusto. Al ver esto, Julian rio.

—Olvidé que no le había echado azúcar.— Alicia puso los ojos en blanco. Posteriormente, observó con el mismo detenimiento anterior cómo el niño echaba unas cuantas cucharadas de azúcar en el vaso de Alicia y revolverlo entusiastamente, para luego ofrecérselo nuevamente. Alicia dio un sorbo algo desconfiada, pero esta vez sabía muy dulce. Alicia lo miró a los ojos y asintió con una satisfacción casi imperceptible.

—Una de las cosas que más me gusta de la limonada— comenzó a decir pensativamente el niño—, es que su sabor cambia casi por completo cuando le echas azúcar.

Alicia no estaba muy segura de a qué se refería, ¿Por qué le parecería eso una característica digna de su exaltación?

—Mamá me dijo que algo muy malo te pasó. —El corazón de Alicia se detuvo. —Así que vivir ahora mismo debe sentirse para ti como un vaso de limonada sin azúcar.

Alicia sintió un peso en su pecho y las lágrimas amenazando con escapar de sus ojos, así que bajó su cabeza en un intento de esconderlo. No pensó que nadie se hubiera enterado de lo que le había pasado. El chico se le acercó por un lado y posó suavemente su pequeña mano en su cabeza, acariciando con dulzura el cabello castaño de la niña.

—Pero no debes preocuparte demasiado.— Alice subió su mirada y observó que la sonrisa, inquebrantable, se mantenía adornando su rostro.— Debes encontrar algo de azúcar para mejorarlo. Yo podría ser tu azúcar hasta que encuentres una mejor.

Alicia no lo soportó y rompió en lágrimas una vez más, por lo que el pequeño niño no tardó en envolverla en un protector abrazo, aún sobando su cabello con parsimonia, susurrando pequeñas frases que pensaba que harían sentir mejor a Alicia. Ese fue el primer abrazo que Julian le dio. La primera vez que lo vio, incluso.

También estaba esa otra vez, ambos iban en el autobús de la escuela. Era su primer día en la Escuela Media y Alicia estaba muy nerviosa. Los “primeros días” nunca se le daban bien. Estaba inmersa en el paisaje por fuera de la ventana, intentando pensar en lo que fuera menos el día de hoy y todas sus implicaciones. Julian, quien iba a su lado, naturalmente notó que algo no estaba en orden con la chica. Tomó su mano, provocando que ella lo mirara. Sentía sus delicadas manos muy frías y sudorosas, lo cual siempre le pasaba a la muchacha cuando estaba nerviosa o aterrorizada.

—No debes estar nerviosa, lo sabes ¿Cierto?— Alicia asintió, intentando poner una sonrisa, pero lo único que le salió fue una extraña mueca. Jul resopló algo divertido y pasó un brazo por sus hombros.— Siempre es lo mismo contigo, ¿No es así? ¿Acaso no sabes que mientras estemos juntos nada malo ocurrirá? Es solo una escuela, no puede ser tan malo.

Alicia lo miró. Para esta edad, estaba comenzando a desarrollar los primeros sentimientos románticos hacia el pelinegro. Sonrió, esta vez genuinamente. Jul la miró y su sonrisa se agrandó considerablemente.

—Te ves tan hermosa cuando sonríes, tienes una sonrisa muy bella. Es una pena que la escondas de los demás por estupideces.

—Eres un bruto, Julian Robins.— Dijo entre risas tontas la joven Alicia, que se había olvidado por completo ahora de sus inservibles temores. Ambos rieron un poco más, simplemente disfrutando de su mutua compañía.

Había tantos recuerdos. Casi diez años de compañía. Cuando asaban hamburguesas en el patio de Jul y siempre se peleaban por quién debería escoger la música. Cuando se quedaban hasta tarde hablando por teléfono mientras se miraban fijamente a través de la ventana. Esa ocasión en que Alicia había perdido uno de sus finales, y Jul le explicó cada uno de los temas con tanta paciencia como solo él podía tenerla con ella. Nunca podría olvidar cuando Jul la invitó al Homecoming de hace un par de años, cuando recién estaban empezando la preparatoria. Hacía una tarde muy hermosa, el sol había coloreado el cielo de unos hermosos colores naranjas con destellos morados. Alicia se encontraba leyendo un libro en su habitación, cuando su paz se vio interrumpida por... ¿Una canción? Frunció el ceño. Parecía *Can't take my eyes off of you*, la versión de Sinatra. Pero ¿De dónde venía?. Se asomó a la ventana de su habitación e instantáneamente no pudo evitar cubrir su boca, que se había abierto completamente por la sorpresa, y abrir sus ojos tanto como su anatomía se lo permitía.

“¿Quisieras ir al homecoming conmigo?” Se encontraba escrito en grande con margaritas azules, acompañado de pequeñas flores silvestres blancas que parecían flotar sobre la inmensidad azulada. Julian estaba a un lado, mirándola expectante. Alice sonreía más de lo que había sonreído nunca antes en su vida, y gritó un “¡SÍ!” increíblemente entusiasta. Bajó las escaleras corriendo y fue a su encuentro. Naturalmente, se abalanzó a besarlo. Fue el primer beso que compartieron. La noche del homecoming él le pidió oficialmente que fuera su novia y fue la primera vez que se dijeron que se amaban, que siempre lo habían hecho. Recordaba haber

mirado a sus ojos, sus azules y profundos, abrasadores y llamativos ojos que siempre sonreían incluso cuando sus labios no lo hacían, que te reconfortaba. Sus ojos... que habían abandonado sus cuencas, o lo que quedaba de ellas. Sus ojos sin vida, y uno de ellos rozaba la punta de su nariz.

El llanto era más que lúgubre y suplicante, la desesperanza y el dolor le embargaban como nunca antes. Esta tristeza... estaba segura de que nunca se iría. Estaba en shock. No terminaba de entender nada, no terminaba de comprender que él acababa de morir, que ya no estaba en este mundo. Que un hombre acababa de violarla, que muchas otras personas acababan de morir. Que Jul ya no estaba, y de alguna forma de lo único de lo que estaba medianamente consciente era de que ella tampoco estaba completamente. Y nunca volvería a estar.

Al fin, los policías llegaron a la escena. Los agresores ni siquiera se molestaron en correr o esconderse. Simplemente seguían riendo y revolcándose en la satisfacción maldita de las "hazañas" que acababan de llevar a cabo, de las vidas que terminaron y arrebataron, de las vidas que destruyeron, y todo lo que podía hacer Alicia era flotar en su dolor y llorar, gritar.

En algún punto, uno de los uniformados (tenía el uniforme de SWAT) levantó a Alicia con mucho cuidado y le gritaba a algún otro que le trajera lo más parecido a una manta, o algo para cubrirla como mínimo. También le preguntaba si estaba bien, si la habían herido. Alicia no podía contestar, estaba muy ocupada llorando y procesando todo lo que pasaba a su alrededor. De igual forma no hacía mucha falta, el hombre uniformado que la ayudaba a sostenerse en pie bajó la mirada hasta su entrepierna, y pudo percatarse de la sangre viscosa que salía de ella. El tipo tenía en su cabeza un montón de artefactos, pero Alicia pudo identificar la mueca de tristeza y decepción que se formaba en su cara.

Capítulo 2

—¡Buenos días!— exclamó casi alegremente la muchacha. Todos los que estaban cerca de ella, que iba taconeando por el estrecho pasillo a paso apresurado; la miraron inexpresivamente y ninguno se molestó en devolverle el saludo antes de regresar su atención a las pantallas y pilas de papeles frente a sus rostros.

Finalmente llegó a su oficina y cerró la puerta de vidrio oscurecido tras ella. No tardó en acomodarse en su silla giratoria de cuero acolchado. Suspiró y cerró sus ojos. Otro puto día con vida. Otro maldito día en la redacción. No tenía ganas de hacer nada, como ya era costumbre en ella. Sin embargo, la primera mitad del día pasó más bien rápido; se concentró en terminar el primer borrador de su artículo para la columna del día siguiente, e incluso logró pagar el recibo del gas (la obstinada página en línea parecía haber estado presentando problemas técnicos por las últimas dos semanas, pero ya estaba todo en orden), así que para el espacio de almuerzo del medio día estaba relativamente relajada.

Se dirigió a paso tranquilo hacia la cafetería y formó en la fila, que estaba corta. El almuerzo consistía en pastas con pasta de tomate, albóndigas, ensalada, y jugo de moras. No era el servicio de restaurante más diligente, pero la comida solía ser rica, y las porciones, razonables.

Una vez obtuvo su bandeja se percató de que estaba famélica, por lo que se dirigió a paso levemente apresurado hacia su mesa usual, pero el editor en jefe agitó una mano en su dirección, llamando instantáneamente la atención de Alicia.

—¡Alicia! ¡Siéntate con nosotros!— gritó mientras seguía agitando la mano entusiastamente. A decir verdad, a Alicia le daba igual sentarse allí o en cualquier otra mesa, así que se dirigió hacia el lugar en cuestión sin hesitar. A medida en que se iba acercando pudo identificar a las personas que estaban allí aparte de Mark, el editor en jefe. Se encontraba Janice Tomlinson, una colega suya; Johnny Ryans, el chico de comunicaciones (o al menos así lo conocía todo el mundo); y un nuevo miembro cuya identidad desconocía. No le importó en lo absoluto. Se sentó al lado de

Mark e inició a comer al instante.

—Alicia, este es Jason Fox. Desde hoy se unirá al equipo de redacción de noticias y actualidades criminalísticas. Es una suerte que nos haya elegido honestamente, la UCLA quería quedárselo, pero vaya que...— Mark continuaba con su característica verborrea, y Alicia solo se limitaba a comer mientras lo escuchaba. Podía identificar explícitamente la emoción en su voz. Alzó su mirada mientras intentaba alcanzar su vaso de jugo, y fue entonces cuando sus ojos se posaron en la nueva adquisición de la empresa. De repente se quedó helada en su asiento. Esos ojos azules... ¿Julian?

Pero no, naturalmente no era Julian. Simplemente tenía un leve parecido al muchacho. Sus ojos... Ese azul tan abrasador y cálido... Su cabello azabache con un corte de cabello más serio y corto del que Jul acostumbraba a llevar en ese entonces. Casi se atraganta con su bebida. Fue como transportarse once años en el pasado. Sus ojos, que salían disparados de sus cuencas... su rostro, o lo que quedaba de él, Jul... Se dio cuenta de que todos la miraban, expectantes, así que se recompuso como pudo.

—Es un placer conocerte, Jason. Eres de un área de redacción alejada a la mía, pero me dará mucho gusto tenerte como mi colega.— El joven sonrió abiertamente. Sus pómulos se elevaron y su lado izquierdo revelaba un pequeño hoyuelo. Su sonrisa era algo cuadrada, pero muy bonita y aparentemente genuina, además de contagiosa. A Alicia casi le daban ganas de sonreír con él. Casi.

—Digo lo mismo.—Exclamó alegremente. Sus ojos brillaban. — He leído tus columnas desde hace un tiempo, son muy entretenidas y tu estilo es admirable.

Detestaba este tipo de conversaciones superficiales, por eso le agradaba más sentarse sola en los espacios libres en la empresa. Esta situación le resultaba particularmente dolorosa debido al parecido físico de este muchacho con Jul. No... si lo mirabas bien, no se parecía tanto. Eran sus ojos. Sus ojos eran prácticamente iguales a los de Julian, tenía certeza de

ello. Nunca olvidaría esos ojos.

El almuerzo prosiguió más lento de lo usual, luego el resto de la tarde hasta el final de su turno también pasó lento, pero inesperadamente pacífico y productivo. Cuando llegó a su humilde loft en la parte alta de Brooklyn pudo respirar en paz. Encendió el estéreo e inmediatamente comenzó a sonar November rain de Guns N' Roses. Consideró en cambiarla, pero se vio envuelta en la melodía antes de lo previsto. Subió el volumen y se dirigió a su baño, abriendo la bañera y esparciendo algunas sales y jabón líquido. Este día requería ser completamente lavado de su cuerpo. Se dirigió a su habitación y comenzó a descambiarse frente al espejo, dejando la ropa a un pie de su cama. Como todos los días, prosiguió a examinar cada rincón de su cuerpo. Desde su rostro a la parte baja de su pecho estaba bien. Era desde su vientre hasta sus pies el problema. No le encantaba su vientre, pero ya no le importaba tanto como antes. Su mayor frustración eran las numerosas cicatrices en sus piernas. La derecha en particular. Cubrían toda la parte de frente de sus muslos. Cicatrices de cortes y quemaduras de cigarrillos eran las principales. Las odiaba. Le recordaban a todo lo que detestaba de este mundo.

Suspiró afligida y se dirigió a la bañera, que ya estaba casi llena. Ahora sonaba Inspire the Liars de Dance Gavin Dance y decidió que quería escucharla, así que se sumergió en la bañera y suspiró una vez más, esta vez complacida de sentir sus músculos relajarse. De nuevo había olvidado traer un libro consigo, así que se limitó a recostarse en la tibia cerámica y cerrar los ojos. Su posición favorita para reflexionar.

Muy bien, pues ¿Qué era de su vida? No estaba segura. Lo único que en realidad podía ocupar su mente era la imagen de este tal Jason Fox. Nunca había escuchado su nombre antes, eso era seguro. Mark había dicho que era una especie de prodigio literario con una inexplicable pasión hacia la exposición de la realidad criminalística de la ciudad, o al menos eso había entendido de su habladería. Por lo poco que había interactuado con él, Jason parecía ser un joven educado y culto. No tenía muchos detalles por ahora, pero no le daba exactamente una mala vibra. Se preguntaba si sería uno de esos periodistas que se limitaban a explicitar la verdad o si en cambio pensaba ser un detective más intuitivo que Dupin en los relatos de Poe. Pero no podía ni siquiera considerar ocultárselo a sí misma por medio segundo, lo más remarcable de Jason eran sus ojos. No estaba segura de cómo podría ir a trabajar todos los días y mirarlo a la cara sin sentir que se iba a desmayar. Eran el vivo retrato de Jul. Casi

podía ver su pasado reflejado en esas esferas de intenso cian.

Era peligroso para ella; vivir esos oscuros sentimientos de estupefacción y melancolía era peligroso para ella si debía ocurrir de forma diaria. Al menos no tendría que compartir un espacio tan cercano con él, a lo mejor habría días en los que no se lo cruzaría en la oficina, eso asumiendo que no tendría que almorzar con él a diario; después de todo, era un edificio grande con múltiples plantas. Y ni siquiera trabajaban en la misma área. Ella tenía tres columnas en el periódico a la semana y un par de páginas en la revista que sacaban semanal, todo en el área de moda y tips extravagantes de supuesta efectividad comprobada, mientras que él tenía al menos tres columnas diarias en el periódico en criminalística. Una cosa no estaba relacionada con la otra. Esta conclusión la dejó mucho más en calma de lo que estaba al principio de su perorata mental. Decidió que habían ya sido suficientes pensamientos sobre Jason. Intentó pensar en cualquier otra cosa, pero todas las líneas de temas terminaban de alguna forma u otra en Fox. Al final se quedó dormida.

No sabía cuánto tiempo había pasado cuando se despertó gracias al agua que le impedía respirar, inundando sus fosas nasales. De inmediato recuperó la compostura en la bañera, tosiendo y aspirando fuertemente por aire. Al parecer mientras dormía su cuerpo se había ido deslizando hasta que el agua cubría la mitad de su rostros. Una vez recuperó el aliento, se quedó mirando a un punto fijo en la pared. Se deslizó suavemente, esta vez a conciencia, hasta quedar bajo el agua. Abrió los ojos a pesar del escozor que causaba en ellos el jabón que seguía en el agua. Miró hacia el techo. El agua hacía parecer que todo ondeaba a su son. Se estaba quedando sin oxígeno, pero siguió en la misma posición. Comenzó a analizar los sentimientos que emergían con fuerza en su pecho. Pánico, temor, el humano y casi imposible de ignorar; instinto de supervivencia.

Luchar contra el impulso se volvía cada vez más y más difícil de hacer, así que terminó cediendo y se sentó en la bañera, tomando exageradas bocanadas de aire por segunda vez en un período menor a diez minutos. Se preguntó si eso era lo que las personas que ella elegía sentían cuando estaba a punto de arrebatárles la vida. No, no solo ellos. Se preguntó si esa era una forma más explícita y obvia de lo que ella sentía cada día.

Se levantó una vez pudo respirar con normalidad, abrió el tapón de la bañera para que el agua escurriera, y se dirigió a su habitación luego de haber secado su cuerpo entero con la toalla blanca que colgaba a su lado. Escogió una camisa blanca muy grande y fue a la estancia de la sala. Apagó el estéreo, que ahora estaba reproduciendo SCRAMBLED de Havelock y lo reemplazó por su televisión. Cruzó a la cocina con el mismo impulso y calentó una pizza congelada. Mientras esperaba que estuviera lista, se sirvió una copa de vino tinto y una vez armada con su cena, se dirigió a su amado sofá de color marrón-naranja. Devoró la pizza distraída con las caricaturas que estaba observando con inquebrantable interés y luego se acomodó para disfrutar de su vino. Se quedó dormida no poco después de haberlo terminado.

—Mierda...— gimió muy suavemente cuando el miembro erecto y de no tan generosas proporciones entró en su vagina. El malnacido empujó todo a la primera. El vaivén de las estocadas no tardó en hacerse notar. Sus senos rebotaban contra la fotocopidora de la sala del café (así le llamaban a una salita a puerta cerrada donde se guardaban chucherías para los empleados, también estaban la fotocopidora y la máquina súper moderna de hacer café que a todos le encantaba), y sentía la piel de sus glúteos chocar con fuerza contra la pelvis del castaño.

—Oh, bebé, estás tan apretada...— murmuró Devin. Frunció sus labios y ceño en una mueca de disgusto evidente. Odiaba cuando le llamaban así. ¿Acaso parecía un infante? Lo dudaba. No sabía por qué había tenido algún tipo de expectativas sobre este tipo. Se suponía que le atraía. Se suponía. Eso había pensado, de verdad.

Devin se había mostrado atento con ella por las últimas tres semanas más o menos. Le llevaba café día de por medio como mínimo, cada vez que se la cruzaba le daba una sonrisa. Siempre que hablaban él se mostraba aparentemente muy interesado en lo que Alicia decía, y en una ocasión incluso le hizo llegar un lindo, aunque pequeño, ramillete de rosas blancas y rojas a su escritorio. Y, era innegable, el hombre era atractivo y como mínimo aceptable. Ojos color miel, cabello castaño ni tan claro ni tan oscuro y unos dientes aterradoramente blancos. Además, siempre olía bien. Alicia estaba casi convencida de que el tipo le gustaba así fuera un poco, por ello cuando Devin le escribió diciéndole que fuera a verlo a la sala del café, no lo pensó demasiado y fue de inmediato. Tenía sospechas de que terminaría en esto, pero quería creer que la invitaría a algún lugar.

Incluso ella no podía evitar tener expectativas de vez en cuando.

Decidió que no estaba disfrutando de este encuentro, así que se enfocó en repetir una y otra vez Imagine de John Lennon en su cabeza una y otra vez hasta que hubiera terminado. Y, como de costumbre, funcionó.

Devin se despegó de ella y se deshizo del condón que cubría su longitud, para luego guardarla en sus interiores y subir la corredera de su pantalón. Alicia, por otro lado, alcanzó una servilleta y se limpió un poco. Cuando terminó este proceso, subió sus panties y acomodó su falda de tubo negra, que él se había encargado de subir hasta su cintura. Una vez hubo finalizado, se dedicó a observarlo, preguntándose qué haría o diría a continuación.

—Eso estuvo mejor de lo que había imaginado.— Dijo él con una sonrisa, presumiendo sus dientes blanquísimos.

—Sí...—dijo Alicia intentando sonar convencida mientras trataba de darle una sonrisa, pero solo salió una media.—¿Harás algo en la tarde?

—Mi esposa me pidió esta mañana que fuera al banco a pagar un par de facturas atrasadas, así que supongo que haré eso.

La cara de Alicia se desconfiguró de inmediato.

—¿Estás casado?

—Pensé que lo sabías.— Afirmó Devin rascando su nuca y manteniendo su sonrisa. Ella miró sus dos manos en busca de algún anillo, aunque estaba convencida de que no habría pasado de un detalle de tal calibre.

—Nunca lo habías dicho. ¿Por qué no tienes anillo?

—Hace un tiempo me lo quitaron cuando me robaron, ¿Recuerdas? tuve que pedir unas horas libres para sacar un nuevo carnet de conducir. No lo he reemplazado aún.

—Pensé que te gustaba de verdad.—Intentaba no sonar tan afectada, pero estaba enojada sobre el giro de acontecimientos que acababa de presenciar.

—Tu cuerpo me gusta de verdad.—dijo Devin intentando sonar suave y seductor. Se acercó a ella y la tomó de la cintura, agachándose un poco para besarla, pero Alicia le propinó una bofetada antes de que pudiera completar la acción.

—Eres un *cerdo*.

Sin decir mucho más, salió a paso tranquilo del cuarto del café.

Capítulo 3

Rompió el cristal superior de la puerta con su codo, que tenía envuelto desde el mismo hasta su mano. El estrépito, si bien probablemente no pasó completamente desapercibido, pudo haber sido monumentalmente peor. Una sonrisa turbia y cínica, casi macabra, adornaba sus labios tan rojos como el carmín. Introdujo su brazo y abrió la puerta desde adentro. Sus botas crujieron al pisar los escombros del vidrio roto. Lo primero que distinguió en la sepulcral oscuridad fue la encimera de la cocina, que estaba repleta de botellas vacías de alcohol en diferentes tamaños, colores, intensidades y sabores. Le habría gustado quedarse a detallar los patéticos detalles de la vivienda de este repugnante ser vivo, pero su sangre hervía en emoción y furia, así que simplemente se dirigió a las escaleras que llevaban a la planta superior. Las subió con cuidado y en silencio mientras usaba el mismo trapo que estaba enrollado en su codo para rodear sus nudillos con el mismo, pero solo de una mano. Para la otra había algo aún mejor guardado. Finalmente alcanzó la planta alta, donde había una hilera de unas tres puertas, todas cerradas. Sin hesitar, se dirigió a la última, y la abrió lentamente, cuidando no hacer el menor sonido. Y lo consiguió.

Ahí se encontraba el hombre, plácidamente dormido, ajeno a todo lo que estaba a punto de sucederle. "Así duerme todas las noches" pensó Alicia, ", sin preocuparse por todas las vidas que ha destruido. Justo así duerme cada noche, sin la menor preocupación, sin el más pequeño remordimiento ni arrepentimiento. Seguro sueña cómo reina sobre la infernal utopía que ha creado." Pero esa última parte no la podría criticar la joven Alicia. Ella también reinaba sobre su propio mundo de caos después de todo. Ella también era una diosa de la muerte.

Ahogó una carcajada. Con su mano izquierda, cubierta por sus negros y gruesos guantes de cuero, agarró el cabezal del martillo, pesado e imponente, que colgaba de un lado de su cintura. Las puntas de sus dedos cosquilleaban por la emoción de la anticipación. Sin más, aferró el mango fuertemente y con un fuerte impulso que parecía salir de lo más recóndito de su alma, asestó un vigoroso golpe en su coronilla. Instantáneamente pudo apreciar el delicioso sonido de su cráneo fracturándose y partiéndose, el olor dulzón y metálico de la sangre fluir hasta llegar a sus ojos, que se abrían con tanta sorpresa como dolor y agonía. Naturalmente no iba a terminarlo de un solo golpe, no señor. No luego del día tan largo que había tenido, no. A este lo disfrutaría.

—¿Pero qué mier-...— Pero no lo dejaría hablar. Una escoria como esta no lo merecía, e incluso si lo hacía, hoy no se sentía una diosa piadosa. Le asestó otro golpe con su martillo, esta vez en la mandíbula. Esta se descolocó por completo. La ruptura fue tal, que incluso su piel se rasgó, dejando la mandíbula caer casi a la altura de sus clavículas. Oh, esos exquisitos gritos de angustia y desazón. Su piel se erizaba en éxtasis, y su concentración era tan absoluta que Alicia ni siquiera se percató de la maquiavélica sonrisa que se acrecentaba en sus labios, con algunas gotas de sangre sobresaliendo como escarcha bajo la luna. Las lágrimas del hombre se combinaban con la sangre que seguía manando a borbotones de su sien. Alicia volvió a posicionar el martillo en la funda y esta vez le asestó un puño en la mandíbula (o lo que quedaba de ella), haciendo al hombre retorcerse de dolor. “Adelante, intenta decir algo” pensaba ella”, inténtalo. Quiero verte intentarlo, anda.” Luego asestó otro puño, esta vez a su pecho. Y otro, y otro, y otro. Uno tras de otro, una mano con su especie de armadura-guante de tela y el otro con su confiable guante de cuero negro. El tipo intentaba detenerla, pero la hemorragia de su cabeza y la fractura de su mandíbula, aparte de los fuertes golpes de Alicia se lo impedían casi por completo. Luego de descargarse en él como un saco de boxeo por un tiempo generoso, Alicia decidió deshacerse de sus brazos. Sus manotadas ya se estaban haciendo muy molestas. Tomó de nuevo su martillo y esta vez apuntó a su antebrazo derecho. Asestó con admirable precisión al rededor de tres golpes, y cuando el hueso estaba destruido y salido de la piel, propinó la misma cantidad de golpes, con la misma artística precisión al otro antebrazo. Al final decidió dejar las manos intactas.

No faltaba recalcar que los gritos eran atronadores, no mucho menos que lisonjeros para Alicia. Volvió a guardar su martillo y esta vez lo miró directamente a los ojos.

—Una mierda como tú no merece misericordia.—Susurró Alicia lo suficientemente alto para estar segura de que él pudiera escucharla.— Penny. Penny y Jo. Las recuerdas, ¿No? ¿Cómo podrías olvidar a tus queridas hijas?

Alicia dio un paso hacia atrás y giró su torso hacia la mesita de noche de caoba color amarillento como el bambú seco. La linda lámpara de tela blanca estaba manchada por pequeñas, casi despreocupadas gotitas de sangre. Alcanzó con su mano enfundada en cuero el retrato con marco

negro y reluciente de las dos chiquillas sonrientes en un campo. Volvió a mirar al hombre y acercó remarcablemente la fotografía a su cara.

—Estoy segura de que sabes el resto.— El hombre la miraba desesperado, negando efusivamente con su cabeza.— No soy una vengadora, esta primorosa matanza es puramente egoísta. Pero no quiero matar a gente que quizás tenga una oportunidad. Sin embargo, cerdos como tú no valen ni media mierda.

El rubio canoso comenzó a revolverse en la cama aún más. Alicia notó que el hombre tenía intenciones de bajarse de la cama. Con ambas manos, tomó su pie derecho, y con un solo habilidoso y ágil movimiento, dislocó su pie desde su tobillo en un ángulo de aproximadamente sesenta y cinco centímetros de su ubicación inicial, saludable y natural.

—No quiero que digas que soy como tú, y no soy justa. Así que anda, si llegas a la puerta en menos de dos minutos, te dejaré escapar. Podrás incluso dar mi nombre a la policía. Anda, ve, sé libre.

Alicia se sentó jocosamente en la cama del tipo, observando con suficiencia cómo el hombre se quejaba y daba alaridos de dolor al caer de la cama y comenzar a "arrastrarse" a la entrada, o en este caso, salida de la habitación. Alicia miró atentamente su reloj, que se notaba viejo y trajinado. Pero era su reloj favorito, y era resistente. No planeaba cambiarlo por nada en lo absoluto.

El primer minuto pasó posiblemente, Alicia calculó que el tipo no había ido más allá de medio metro. Le pareció una cantidad poco razonable siendo que, a pesar de la gravedad de sus heridas, debería haber sido físicamente capaz de recorrer como mínimo un metro.

—Ya ha pasado un minuto.

La pelirroja se acercó con una espeluznante sonrisa llena de lujuria que rozaba la excitación, aferró el mango de su fiel martillo, y terminó por desarmar lo que quedaba de la cara y cabeza del hombre de mediana edad. Los alaridos eran fascinantes, y los sonidos del martillo chocando contra el cráneo, con sus babosos y esponjosos sesos saliendo disparados hacia las paredes y el suelo. En momentos como estos se alegraba de no haberse suicidado. Una vez dejó de martillar, saltó violenta y entusiastamente sobre los restos del cuerpo inerte y deformado, lágrimas salían de sus ojos mientras la sonrisa seguía adornando sus carnosos labios. Se detuvo solo cuando vio uno de los ojos finalmente desprenderse de la cuenca maltrecha. Se agachó, lo tomó y lo guardó cuidadosamente en uno de sus bolsillos. Miró a su alrededor por última vez y decidió retirarse de la estancia y regresar a casa. Debía guardar el ojo pronto antes de que comenzara a apestar. No querría estropear el recuerdo de esta noche.